

843

M.

PQ 2625

.E53

A28

v. 1

*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.
Prohibida toda traduc-
ción y reproducción.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRENTA DE F. GARCÍA HERRERO
calle Mayor, número 119.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTENREY, MEXICO

PRIMERA PARTE.

LA SEÑORITA DE ROYE-TREVILLE

I

Lo que pensaba el baron Santiago de Brandes

La Normandía, esa provincia tan fértil, bañada por las fecundas mareas de la Mancha, está lejos de ser tan floreciente en toda su extensión, como lo es en los valles en que confina con el mar.

El departamento del Orne, por la parte en que linda con el Eure y el Eure-et-Loir, y en donde la Normandía confina con la Perche, es de seguro una de las partes más pobres, pero también la más pintoresca de aquel admirable país. En un trayecto de más de quince leguas, los bosques se suceden sin interrupción; y si hay alguna que otra aldea, ocupan éstas territorios tan pequeños y tan llenos de árboles y de malezas, que los ciervos y los jabalíes pueden considerarse en ellos como en su casa.

Hacia el centro de esta comarca, á la mitad del camino de Verneuil á Montagne, se eleva el puntiagudo campanario de una aldea llamada Brandes.

Brandes es un lugarejo compuesto de unas veinte casuchas y granjas en un triste rincón de aquella tierra, cortada por arroyos, pantanos, estanques y arenales, entre los grandes bosques de la Perche, de la Trapa, y otra infinidad de rincones más, que forman, en suma, uno de los lugares más desiertos y salvajes de Francia.

A un kilómetro de la iglesia de Brandes, una construcción de cierta importancia llama desde luego la atención del viajero. Es un edificio de suntuoso aspecto, grande en comparación de todos los demás, con puntiagudo tejado y tres frontis de piedra gris, corcomida por el tiempo.

Esta especie de castillo, ó casa feudal, no ofrece más de particular que dos torrecillas, que no carecen de elegancia, en cada una de las esquinas de la fachada principal. Un bosquecillo de pinos y de raquiticas encinas, que termina en semicírculo delante de la escalera de la casa, le sirve de parque. Algunas dependencias, indicando un resto de opulencia, se ocultan en la sombra de una avenida. Estas dependencias constan, en la planta baja, de cuadras, cocheras y una vaqueriza, que sirve de abrigo á cuatro ó cinco vacas de leche, y en el primer piso, que da sobre una galería de madera, de unas cuantas habitaciones destinadas á los amigos del propietario que van allí á gozar de los placeres de la caza. Un palomar en forma de campana, completa esta melancólica residencia.

El 16 de diciembre de 1863, á eso de las nueve de la noche, un hombre joven, casi un muchacho, estaba sentado al pie de una alta chimenea del piso bajo de esta casa. Un niño de cuatro ó cinco años, delicado y hermoso como una niña, con sus cabellos castaños y sedosos formando bucles que cercaban su sonrosada cari-

ta de finas facciones, dormía en una mecedora frente á él.

Viejos sillones de tapicería, taburetes en cuyos pies se notaban doradas huellas, y retratos de antepasados, en cuadros carcomidos, formaban el principal mobiliario, en unión de una caja de reloj muy preciosa, cuyos detalles desaparecían bajo el polvo y los ultrajes del tiempo.

Al resplandor del fuego que ardía en la chimenea y de la única bujía colocada sobre ella, todas aquellas antigüedades tomaban un aspecto alegre, y un anticuario hubiera gozado al contemplar aquella sala, que no necesitaba más que una ligera restauración para ser decorosamente habitable.

El hombre que estaba sentado cerca del fuego, tendría de veinticinco á veintiseis años. Era de mediana estatura, pero de formas atléticas, en extremo vigoroso, según todas las apariencias, y de sombrío y duro aspecto.

Vestía una chaqueta de terciopelo color marrón y tenía puestas sus polainas de cuero sobre los zapatos de caza. Su sombrero, flexible, abollado y descolorido por la lluvia y el sol, yacía sobre una silla baja en un rincón de la sala.

Este hombre se llamaba el barón Santiago de Brandes, y no era rico. Poseía una grande extensión de terreno, pero muy malo; arenales y pantanos, en los cuales los corzos, los ciervos y los jabalíes, devoraban por el pie las pobres cosechas de dos ó tres colonos, á quienes el barón no se atrevía á pedir la renta más que en los buenos años, y para eso si la necesidad le obligaba.

Era generoso con los pobres diablos entre quienes vivía, y se mostraba para con ellos sencillo y desprovisto de todo orgullo.

Para decir, en una palabra, el cariño que inspiraba, diremos, que si el fuego hubiera invadido su casa de Brandes, todo el mundo hubiera acudido para apagarlo.

Felizmente le quedaba aun en el Cotentin, la perla de la Normandía, una pequeña posesion, La Hougnette, cerca de Barfleur, casi á la orilla del mar, y este era su supremo recurso.

Esta posesion no era una gran cosa, pero las malas tierras del Cotentin valen tanto como las buenas de otras partes, y el baron podia contar con los mil escudos de renta que le proporcionaba la Providencia por esta parte.

Recostado en su sillón, con los piés sobre los morillos de la chimenea, fumaba tranquilamente en su pipa de boj, medio quemada, dejando errar por el techo la mirada, cuando una mujer de unos cincuenta años, de cara alegre y de anchos hombros, con un pañuelo de lana cruzado sobre el pecho, saya corta y toscos zapatos, se acercó á él con reposado paso.

De aspecto muy rústico, era un término medio entre la aldeana acomodada y la criada de pueblo.

—¿En qué pensais?—dijo con familiaridad. Ya es hora de que os acosteis, señor baron.

—Siéntate, Susana y habla bajo, porque el pequeño duerme,—contestó el baron.

—¿Qué hermoso está! ¡Es el retrato de vuestra hermana!

Hacia poco que habia ocurrido un drama en aquella familia, drama sencillo y vulgar.

La hermana del baron, Teresa de Brandes, se habia casado siete años ántes con uno de sus convecinos, baron tambien, pero más pobre que Santiago de Brandes.

Se llamaba de Fresnaye.

Teresa de Brandes era hermosa y el baron de Fresnaye, queriendo proporcionarla todas las comodidades posibles, quiso probar fortuna, jugó lo poco que poseia y se arruinó.

Los dos esposos se suicidaron, dejando por única herencia á Santiago de Brandes, un niño de cuatro años que no tenia otro sosten que él. Este niño era el que dormia en la mecedora. Hacia ya cerca de tres años que era huérfano.

Quando ocurrió la catástrofe, Santiago de Brandes estudiaba medicina en Paris; pero estudiaba á disgusto, por las privaciones á que se veia obligado en la pequeña habitacion de la calle Jacob, privaciones incompatibles con su altivez y su montaraz orgullo.

Herido en sus más caras afecciones, porque adoraba á su hermana, renunció á todo y se volvió á su casa, de la cual no salia más que para hacer momentáneas escursiones á Paris.

Pero regresaba abrigando una quimérica ilusion. Los de Brandes procedian de una familia poderosa: los *de Roye-Chabannes*. Una señorita *de Roye*, mal dotada, se habia casado en 1787 con un hidalgo de Normandía, el baron de Brandes, cuya raza no prosperó.

La rama principal de la casa estaba representada en la época de Santiago de Brandes por una muchacha de veinte años: Germana Luisa Andrea *de Roye-Treville*. Casándose ésta, el nombre de *Roye* desaparecia y los inmensos bienes del último marqués pasaban á otra familia. Si por el contrario, fallecia antes de casarse, estos mismos bienes pasaban á sus herederos directos. Por parte de su padre, no existia más que uno: el baron de Brandes.

Durante la estancia del baron en Paris, éste habia sido recibido y tratado como pariente en el hotel de Roye. Este hotel está situado en la calle de Grenelle y pasa por ser uno de los más suntuosos del arrabal de San German.

El baron tenia libre entrada en él, y el general de Treville, tío y tutor de la opulenta Germana de Roye, le profesaba verdadero cariño. El baron era igualmente bien acogido en el opulento castillo de los Essarts, que la señorita de Roye poseia cinco leguas de Brandes y á donde iba con su tío, el general, todos los años por el otoño á correr ciervos con la jauria del conde de Beaulieu, cuyo castillo, por el estilo del de los Essarts, está á la misma distancia, poco más ó ménos, de Brandes.

Aquella gran fortuna, de la cual no le sepa-

raba más que un frágil obstáculo, una muchacha, preocupaba constantemente al baron.

Si aquella muchacha desapareciera, todo iría á sus manos: los Essarts, Roye, en Seine et Marne, con su castillo y parque de príncipe; la gran finca de Roville, en el Cotentin, que avanza como un cabo en el mar, desde Canteloup á Barfleur; los bosques de la Borgoña, los viñedos del Boune y las casas de París. ¡Quienientos ó seiscientos mil francos de renta nada ménos!

La noche era fría y seca, el hielo endurecía la tierra y el cielo estaba estrellado.

—Pienso,—repuso de pronto el baron,—en que si *la pequeña* desapareciera, lo heredaríamos todo; todo sería para ese pobre niño.

—¡Siempre las mismas ideas! ¡Eso es imposible!—dijo Susana mostrando sentimiento.

—¡Quién sabe!... ¡El que se case con ella será bien afortunado! Es hermosa y es rica. ¡Los Beaulieu no la dejarán escapar! Todo le favorece al vizeconde. El general, ese viejo zote, ese tutor de comedia, ha dejado la puerta abierta á sus intrigas y ellos se aprovechan bien de este permiso. El virconde, teniente de dragones á los veinticinco años, pide la licencia absoluta, so pretexto de acompañar á su padre, pero en realidad para hacer la corte á Germana con más libertad...

—¡Sino es él será otro! ¿Qué puede hacerse en eso?

—Nada acaso, tal vez mucho...

El niño se agitó en su improvisado lecho.

—Llévatel.—dijo el baron.

El reloj dió nueve campanadas, que resonaron téticamente en el silencio. Susana cogió al niño en sus robustos brazos.

—En lo que yo pensaba—repuso el baron reteniéndola por la saya—era en éste, Susana. ¡Quisiera la fortuna para él... y la mujer para mí—añadió bajando la voz.

El niño se despertó y rodeó sus brazos al

enullo del baron. Este le besó con mucha ternura.

—Hasta mañana, Andrés—le dijo.

Y el niño contestó con mucho mimo:

—Buenas noches, padre.

El baron volvió vivamente la cabeza. Se sentía el precipitado trote de una cabalgadura. Algunos segundos despues llamaban á la puerta de entrada.

Los criados eran pocos en la casa y eran además madrugadores, de modo que los dos, Hilario y Lorenzo, dormían ya tranquilamente. Susana iba á acostar al niño.

El baron se levantó y fué por sí mismo á abrir la puerta á la persona que llamaba.

El ginete ataba tranquilamente su cabalgadura á una gran anilla de hierro clavada en la pared.

Santiago de Brandes, lanzó una alegre exclamación al reconocerle.

—¡Ah!—exclamó—¿eres tú, valiente Triquet? ¿Qué ocurre, amigo mío?

El otro le explicó el motivo de su venida.

Habia regresado al país para arreglar la herencia de una tía suya, que despues de todo tenía poco que arreglar, porque no había dejado nada, y el administrador de los Essarts le había encargado de una misión:

—Esa misión era para vos, señor baron—añadió—estaba impaciente por veros y me he apresurado á venir.

—Mete el caballo en la cuadra—dijo el baron.

Triquet obedeció y entre tanto el baron volvió á entrar, echó leña en la chimenea y puso una botella y dos vasos sobre el velador.

Cirilo Triquet había visto á su padre, incorregible cazador furtivo, cien veces cogido infraganti por los guardas de Beaulieu, multado y preso.

Las gentes del país le apodaban *Triquet Gollita*. Cirilo, cansado de estas burlas, había sentido plaza en infantería de marina hacia siete

años, y desde entonces no había vuelto al país. Odiaba tanto á los Beaulieu como quería al baron de Brandes. En Brandes era bien acogido y le ocupaban en los trabajos de los bosques. Fué pues, una sorpresa para él baron verle llegar en aquella noche de invierno y en un caballo que reconoció desde luego ser de los Essarts, es decir, de casa de su prima Germana de Roye.

—Calientate—le dijo el baron cuando volvió de la cuadra.

—¡Muchas gracias, falta me hace!

—Y echa un trago, eso calienta más que la lumbre.

Chocaron los vasos, cosa que nalagó mucho á Triquet, y bebieron.

—¿Qué hay de nuevo?—pregunto el baron.

—Mañana cacería, y el general os ruega que esteis en la *Encina Hueca* al mediodía.

—Bueno, irá la señorita?

—¡Ya lo creo!

—¡Los de Beaulieu tampoco faltarán?

—Tampoco. ¿Es que pensais en vuestra prima, señor baron?

—¡Toma!

—¡Una hermosa pieza que vale la pena! ¡Se habla mucho de ella y de los de Beaulieu... El administrador, el señor Honoré, dice que es negocio concluido.

El baron se mordió los labios y palideció de rabia.

—De todos modos—añadió Triquet—es una verdadera lástima que todo les salga bien á esas gentes fanfarronas que aplastarian al mundo entero... ¡Ellos hubieran hecho podrirse á mi padre en la paja de los calabozos, por un miserable conejo, y de seguro se hubiera muerto de hambre si no hubiera sido por vos! ¡Mejor sería que los Essarts y tantas otras posesiones como disfrutaban y que os pertenecen, fueran vuestras y no de esos canallas!

Lanzó una mirada de desconfianza á su alrededor y añadió bajando la voz:

—¡No puede uno decir todo lo que siente!

Santiago de Brandes había llenado ya dos ó tres veces el vaso de Triquet. Cambió bruscamente de conversacion, y le preguntó:

—¿Cuándo marchas?

—Mañana.

—¿Y vas?

—Al Havre.

—¿Qué haces allí?

—Estoy de criado en casa de un excapitan de la marina mercante, un breton que vive de sus rentas... Calle de Etretat.

—¿Cómo se llama?

—Nazario Perros.

—¿Si yo te necesitara, Triquet?...

—Allí me encontrariais.

El baron anotó en su cartera: Nazario Perros.

¿Calle?...

—De Etretat, en el Havre—concluyó Triquet, y añadió:

—Ya es hora de emprender la marcha para los Essarts, y aun así no llegará á tiempo. ¡Habeis oído? En la *Encina Hueca* á medio día.

Chocaron de nuevo los vasos en señal de despedida, y Triquet estrechó la mano del baron.

—Hasta la vista, señor baron... ¡y si la cosa depende solo de mí!...

No concluyó la frase, pero el pensamiento estaba claro.

El baron permaneció en la puerta de la casa hasta que dejó de oír el trote del caballo, despues entró pensativo, se sentó de nuevo y se puso á remover el fuego. El reloj dió las once. En el solitario salon, Santiago dejó oír en alta voz esta reflexion.

—¡No! ¡Eso no sucederá!

¡Eso, es decir, el matrimonio de la señorita de Roye, que frustraba sus quiméricas esperanzas! Pero ¿de qué medios valerse para impedirlo?

Un relámpago brilló en sus leoninos ojos.

—¡Ah! ¡si yo la tuviera en esta casa!—pensó.

—Pero ¿cómo atraerla aquí? ¡Mañana! ¡si yo pudiera! Anochece muy temprano en esta esta-

ción. ¡Los azares de la caza son tan extraordinarios! ¡Puede uno extraviarse, perdersel! ¡Bah, no tendré tanta suerte!

Fué á las cuadras y entró en ellas sin ruido.

Dos yeguas blancas, jaspeadas, relincharon al aproximarse él.

Las pasó la mano por el lomo diciéndolas:

—¡Ea, dormid! Mañana tenemos mucho que andar.

Eran dos animales ordinarios, de raza bastarda, medio percherones, de los cuales se servía, tanto para montar como para arrastrar su carruaje. Los cuidaba con cariño, porque trataba de obtener de ellos el mejor y más prolongado servicio, puesto que no podía sustituirlos por otros.

Un antiguo soldado, mozo de cuadra, jardinero y ayudante de cocina, roncaba en un lecho levantado sobre una especie de catafalco.

El baron le tocó en la espalda diciéndole:

—¡Hilario!

—¡Eh!

—Mañana se caza en los Essarts.

—Está bien, señor.

—Vendrás conmigo; cuida bien á los animales.

—Está bien, señor.

—Buenas noches.

El baron atravesó de prisa el parque, pasó su melancólica mirada por las negras torrecillas, cuyas siluetas se destacaban en la profundidad del cielo, entró en la casa y se acostó, diciendo:

—¡Es preciso concluir con esto! ¡Nos veremos, señor de Beaulieu! ¡Mañana será de día! Durmamos.

II

La declaracion.

Al día siguiente, en la enerncijada de la Encina Hueca, lugar muy conocido por todos los montaraces de la Perche y de la Trapa, á las doce en punto, en el momento en que las lejanas campanas tocaban al *angelus*, una cuadrilla de ginetes reunida allí, esperaba.

Habia allí, perfectamente montados en caballos de raza, seis ó siete monteros, con uniforme color marron y las trompas de caza á la espalda.

Dos picadores sujetaban, atados de dos en dos, á una docena de perros de jauría, de esos perros blancos y anaranjados, de largas y colgantes orejas, que alargaban el hocico hácia el lado de que venia el viento, rastreando ya la caza.

Era que el señor de Beaulieu cazaba, y el conde, hidalgo aldeano, preferia las partidas de caza sin gran aparato, pero con buena gente y buenos perros, á las partidas de caza en que lo que más resaltaba eran los galoneados uniformes y los colores chillones de las lujosas libreas que otros hacian llevar á sus gentes.

El cielo estaba claro y el viento era bastante fresco.

Desde la Encina Hueca, vieja encina que no conservaba más que su arrugada corteza, se distinguía, en el fondo de un valle, en donde las aguas de una serie de estanques reflejaban sus inmensos tejados, un monasterio y su campanario, del cual partía el argentino sonido de una campana que vibraba más que las otras.

Aquel monasterio era la Trapa, la gran Trapa, inmóvil como un navio anclado en aquel mar de malezas y de descarnados bosques.

Era el conde de Beaulieu un perfecto tipo de esos hidalgos para quienes los más violentos ejercicios son un juego. Era alto, tenía la barba entrecana y la fisonomía altiva. Consultó su reloj con cierta impaciencia y dirigió algunas palabras á otro caballero, de más edad que él y sobre todo más achacoso, de largo bigote blanco y distinguido y bondadoso porte, que lucía en uno de los ojales de su cazadora una microscópica roseta encarnada. Era el general marqués de Treville, tío y tutor de la señorita de Roye.

Los otros personajes eran amigos y vecinos de la campiña, fanáticos por la caza.

Pero la flor de aquella reunión, su encanto, era una hermosa joven que montaba un fogoso caballo negro, de ancha nariz, ojo vivo y reluciente pelo, que escarbaba el suelo con impaciencia.

Esta amazona, vestida de negro, llevaba sombrero á la *Rembrandt* y una florecita de crisantemo color rosa, en el pecho.

De estatura regular, bien formada, de redondo seno, cuerpo flexible y delgado, nariz recta, boca pequeña con hermosísimos dientes, cabello castaño y ojos vivos, se notaba desde luego en ella cierta decisión y altivez, dulcificadas por la afabilidad de su sonrisa. Esta joven era Germana de Roye.

Inteligente y buena música, hablaba además, á la perfección el inglés, el español y el italia-

no y había recibido una educación esmeradísima y adecuada á su fortuna.

A su lado, á caballo también, estaba un joven, en el cual se reconocía á primera vista al hijo del conde de Beaulieu. Rubios el uno y el otro, el hijo se parecía mucho al padre, solo que tenía más distinción, más gracia y más perfeccionamiento, por decirlo así, debido quizás tan solo á su juventud.

Tenían la misma estatura, la misma compleción y el mismo color, solo que el hijo, Roberto, no gastaba más que bigote, lo cual le daba el aspecto de un oficial de caballería.

¡Oficial! Lo había sido en efecto cinco años. Al salir de Saumur se había distinguido en Africa, en las últimas revueltas de ese país, hoy francés.

Después regresó á su casa, por orden de su padre que no quería estar sin él, y obedeciendo también á otro orden de sentimientos.

La amistad del conde y del general se remontaba á la época de su juventud. El general, hombre soltero, recibía amenado á sus amigos en el hotel de Roye, en que habitaba con su sobrina. Roberto de Beaulieu había sido, pues, educado al lado de la heredera, á quien profesó siempre una amistad que no tardó en traducirse en otro sentimiento. A su parecer, había llegado el momento de declarar este amor que, por delicadeza, ocultaba en el fondo de su corazón; pero si las familias de los dos enamorados preveían una alianza, los dos interesados no habían hablado jamás de ello, al menos de una manera clara. Algunas alusiones, y esto había sido todo. Sin embargo, Germana debía de haber comprendido.

Nada igualaba á la gracia de su sonrisa y á la malicia de sus miradas, cuando el oficial la contemplaba con acariciadora insistencia, como para adivinar sus pensamientos.

—¿A qué esperamos, Roberto?—preguntó, dando un golpecito en el cuello del negro *cob* que montaba, para calmar su impaciencia.

En aquel momento dos jinetes, montados en dos jacos blancos y gordos, desembocaron en la encrucijada.

—¡Mi primo de Brandes!—dijo alegremente la joven.—¡Acercaos! ¡Habeis venido muy retrasado!

El conde de Beaulieu hizo una señal. Los picadores desataron los perros, y éstos, una vez sueltos, empezaron á rastrear por las inmediaciones; sonoros ladridos anunciaron á los jinetes que la res está á levantada.

En seguida las trompas de caza anunciaron su presencia.

Un ciervo saltó en medio de la encrucijada y se presentó ante los jinetes con la cabeza erguida.

—¡Soberbio cervatillo, prima!—observó Santiago de Brandes.—La carrera será ruda.

—¡Entonces, yo deserto!—dijo el general.

La carrera debía ser dura en efecto, más dura de lo que se podía pensar.

El cervatillo, en lugar de emplear la astucia, de tratar de despistar á la jauría y de burlarse de ella, arrancó de frente y corrió cerca de dos leguas, sin preocuparse por los obstáculos y fiado tan sólo en el vigor de sus jarretes.

Con semejante carrera, en menos de dos horas los caballos debían estar fatigados. Pronto los jinetes se dispersaron, extraviados por la velocidad de la persecucion y los accidentes del terreno. Pero por mucho que el ciervo hizo, no pudo deshacerse de sus enemigos.

Los sentía siempre sobre su pista.

A las tres y media, la mayor parte de los jinetes habían renunciado á aquella desenfrenada carrera. No quedaban en persecucion de la res, más que el picador excitando á sus perros, el vizconde Roberto y Germana, hermosa con la animacion de aquella agitada caza.

—¿Dónde estamos?—preguntó á su compañero.

—Principio á no saberlo—contestó este.

Roberto puso su caballo al paso, y haciendo un visible esfuerzo, dijo:

—¡Germana!...

La señorita de Roye le miró con malicia.

—No soy tímido—añadió Roberto—y sin embargo es un secreto que no me atrevo...

—¿Estais seguro de que es un secreto?

—No lo es, si habeis adivinado que os amo.

—He creído comprenderlo, en efecto.

—¿Y no os habeis ofendido?

—¿Por qué ofenderme? ¡Acaso mi tío no me ha prevenido cien veces que me dirían lo que acabo de oír; que los pretendientes á mi mano llegarían en tropel? No hay, pues, nada de extraordinario en que vos, mi amigo de la infancia, estuvierais entre esos pretendientes.

—Dejadme deciroslo todo... Sois rica, muy rica; pero me creereis lo bastante noble para que esta fortuna no entre para nada en mi peticion.

—¿Qué idea!

—Con frecuencia, Germana, he pensado en consagraros mi vida; en recorrer con vos, cogidos ambos de la mano, el camino de la vida; en teneros ante mis ojos como en mi corazón, y en que un día, el más lejano posible, nos cubra á los dos la misma losa; unidos en la muerte como en la vida.

—¡Bah!—exclamó la joven;—¡estais triste como la caída de las hojas!

—He soñado que os hacía esta confesion, y me parecía que colocábais en mi mano la que os pedía...

Germana bajó la cabeza, más confusa de lo que quería aparentar.

Lo que acababa de oír respondía á las secretas aspiraciones de su alma.

Hizo un esfuerzo y recuperó su acostumbrada jovialidad.

—¡Es una declaracion en forma!—dijo.

—Sí, Germana.

—No puedo aconsejarme de mi misma; es preciso que consulte al árbitro de mis destinos. Consultaré y contestaré.

—¿Pronto?

—Pronto; ¿para qué haceros languidecer? Desde luego os doy las gracias por esa petición que me lisonjea y me honra.

¿No era esta la más clara de las contestaciones?

El pecho del vizconde se dilató. Inclinóse sobre la silla del caballo, se apoderó de una de las manos de Germana, y en un arranque de pasión, la llevó á sus labios.

—¡Ah!—murmuró—¿os daría mi sangre!

A unos cien pasos de ellos, un jinete les contemplaba, livido de celos.

Aquel jinete era Santiago de Brandes.

El baron hizo una seña á su criado, que tomó uno de los caminos trasversales y desapareció.

La caza seguía con nuevo vigor, y el sonido de las trampas se oía cada vez más lejos.

III

Vencida

La señorita de Roye desprendió su mano de la de Roberto de Beaulieu.

—Creo, amigo mio—dijo,—que debemos reunirnos á los cazadores... si es que queda aún alguno.

Acarició á su negro *cob* y lo puso al galope. Dos minutos despues, los enamorados desaparecian por entre el bosque, guiados por el ladrido de los perros, que cada vez era más furioso.

El rostro del baron estaba trastornado. Sus ojos revelaban indomable pasión, la concupiscencia, y sobre todo los celos, brillaban en ellos con intenso fuego. Sus labios, que oprimía la rabia, tenían amenazadora, casi feroz expresión.

Estaba nervioso y temblaba de cólera. Por débil que fuese su esperanza—esperanza que él acariciaba con ardor,—había sido disipada, arrancada de raíz por aquel vecino á quien odiaba.

—La res ha salido al camino—dijo;—se dirige hacia mis dominios... ¿Daría veinte años de

vida por que continuara dos horas en esa direccion y se dejara coger allí, en presencia de la princesa!... ¡Cuando los laúridos de los perros y el sonido de las trompas no le animen ya, su *pur sang* no se tendrá en pie, se quedará tieso como un palo y sin fuerzas para sostenerse! ¡Eso sería una fortuna, vive Dios!

Y dilatándose en una esplosion de alegría, gritó:

—¡Allá vá! ¡Allá vá!

Al dirigirse hácia allí, una maligna sonrisa se reflejaba en su rostro.

Cuando llegó adonde estaban los cazadores, los perros ladraban con más furor que nunca y la res seguía su carrera.

La noche había cerrado, y apenas si se distinguían los caminos del bosque. Sin embargo, las trompas de caza seguían sonando con gran estrépito.

La res estaba rodeada por los perros y La Ramée, el primer picador, la declaraba vencida.

La heredera, electrizada por la lucha, fustigaba á su caballo sin piedad.

Santiago de Brandes iba á su lado y al del vizeconde, sirviéndoles de guía en aquellos lugares, vecinos de sus dominios, recorridos cien veces por él y cuyos atajos, caminos y barrancos, se vanagloriaba con justicia de conocer.

Los perros encontraron un obstáculo y desde entonces no se oyeron más que gruñidos. Tenían á la res en su poder y se entregaban á voraz carnicería.

La jornada había terminado.

Los cazadores, brillantes por la mañana, estaban ahora, los unos dispersos y extraviados; los otros agobiados por la fatiga.

Era preciso buscar un albergue.

—¿Qué sitio es este?—preguntó Germana.

El ciervo había sucumbido á la orilla de uno de los estanques del concejo, casi sin habitantes, llamado Poterie-au-Perche.

Había que recorrer cerca de seis leguas para volver á los Essarts, en donde la mesa del

general esperaba en vano á sus invitados y era preciso verificar la marcha en una oscuridad que no permitía ver ni los dedos de la mano y en caballerías que tropezaban á cada paso.

Consultado Santiago de Brandes, no ocultó que la retirada era imposible.

—¿Qué haremos?—preguntó la joven.

Brandes estaba á corta distancia de allí.

—No hay nada preparado para recibirnos en Brandes; pero se hará todo lo que se pueda, se apresuró á decir el baron.

Y mostrándose sumamente fino,—añadió:

—La casa es pequeña, pero las dependencias son grandes; nos arreglaremos en ellas y os dejaremos toda la casa.

Añadió también, que enviaria un aviso al general para advertirle que se quedaban allí, y que al día siguiente acompañaria á su prima á los Essarts.

Germana aceptó.

Si hubiera visto la expresion de triunfo que se reflejó en la fisonomía del baron, se hubiera asustado. Pero no podía distinguir, tal era la oscuridad, ni las orejas de su caballo.

Entonces principió una retirada, sin peligros si, pero lenta y trabajosa.

El vizeconde de Beaulieu intentaba en vano sostener á la que él consideraba ya como á su prometida. Esta inclinaba la cabeza y se dormía sobre el caballo, cuyos tropezones la despertaban sobresaltada:

Por fin, á una señal del baron Santiago de Brandes, la comitiva se detuvo ante una masa negra que parecia cerrarles el paso. Era el castillo ó casa feudal de Brandes.

La llegada de los cazadores estaba prevista. Al ruido de las pisadas de los caballos, se abrió la maciza puerta, y una mujer y el veterano Hilario se presentaron con faroles en la mano.

—¡Señor!...—exclamó Susana,—buenas noches, señor baron y compañía.

Y como Roberto de Beaulieu se apeara, reconoció Susana y se apresuró á añadir:

—¡El señor vizconde y la señorita! ¿Es posible?

—¡Vivo!—gritó el baron,—hay que comer pronto. Ayudó á su prima á apearse de su caballo, que de seguro no hubiera andado un paso más.

Los dos criados recogieron los caballos, mientras que sus amos entraban en la casa.

En un instante se encendió el fuego.

La gran chimenea del comedor se iluminó, reflejando su alegre llama en los negros artesonados y en los retratos de los antecesores del baron de Brandes.

—Leonora de Roye, nuestra abuela, que debe alegrarse de ver á su nieta—dijo Santiago, conduciendo á su prima ante uno de los retratos.

El retrato era de Lagranée y valía aún dos mil escudos para un inteligente.

El baron añadió:

—¡Se necesitaba un milagro para que viniérais aquí!

La señorita de Roye, sentada frente á la alta chimenea, ante un magnífico fuego de haya, recobró pronto sus fuerzas y no tardó en experimentar un dulce bienestar.

El baron envió á Lorenzo á los Essarts, á prevenir al general de que su sobrina pasaba la noche en Brandes y Roberto puso cuatro letras á su padre.

No había, pues, por qué estar intranquilos. Todo estaba arreglado, y aquellos muchachos podían dormir tranquilos y sin preocupaciones, como dormía el sobrino de Santiago de Brandes, instalado ya, gracias á los cuidados de la criada, en uno de los dormitorios de las dependencias.

Santiago tenía un aspecto y una alegría tranquilizadoras.

Es preciso hacer justicia á quien se la merece: la mesa era excelente. Susana se lucía. El guisado de liebre exhalaba apetitoso olor; el asado de patos, muertos en los estanques vecinos, y de los cuales estaba la despensa abun-

dantemente provista siempre, no dejaba nada que desear. Y en aquellas medio derruidas casuchas se encontraba siempre alguna venerable botella olvidada en algun rincón.

Cumpliendo la palabra dada por el baron, se reservó toda la casa á la joven heredera.

El vizconde y Santiago, encontraron sus dormitorios en el pabellon de las dependencias reservado á los amigos.

La señorita de Roye debía dormir sola en la casa al cuidado de Susana, un dragon de virtud á quien en vano se hubiera intentado corromper.

Su fama de aspereza y de fidelidad estaba bien fundada.

La noche fué cordial y alegre. El reloj de la cocina daba las once, cuando los convidados abandonaban el salon.

Santiago de Brandes acompañó al vizconde hasta la puerta de su dormitorio.

El enamorado de Germana oyó desde su habitacion cerrarse la de su huésped.

Susana, con un candelabro de plata sobredorada en la mano, resto de antigua opulencia, acompañó á la heredera hasta su habitacion, diciéndola al retirarse:

—¿Necesita algo la señorita?

Germana miró á su alrededor con aire satisfecho, y respondió:

—No, está bien. Gracias.

El silencio se restableció en la casa.

Los pesados pasos de la sirvienta se alejaron.

La señorita de Roye se sentó en una mecedora, ante el claro fuego de la chimenea llena por enormes troncos que se consumían lentamente sobre los morillos.

Estaba sola. Santiago de Brandes cumplía su promesa.